

DESCUBRIENDO LA FELICIDAD EN LA DOCENCIA: MI CAMINO AL ANDAR COMO PROFESORA

Edith Hernández Méndez¹

Cada fin de ciclo escolar he recibido evaluaciones cuantitativas y cualitativas como estas a lo largo de ya casi 30 años de mi carrera como docente: “No tiene mucha experiencia”, “No parece profesora; no se viste bien”, “Excelente profesora; conoce todos los temas, planifica y siempre está la clase preparada”, “Una persona muy empática y comprensiva”. Al inicio, abría los reportes de las evaluaciones de mis estudiantes con cierta angustia; a veces, me temblaban las manos por la preocupación. Años más tarde, ya con archivos digitales enfrente de mi cara, aprendí a relajarme y a tomar las evaluaciones como insumos para crecer en alguna área de mi quehacer docente (planificación, evaluación de aprendizajes, manejo de grupo, uso de TIC, relaciones interpersonales, etc.).

Actualmente, reconozco que, como profesora, una nunca deja de formarse y siempre hay que mantenerse actualizada, pues el mundo cambia, las formas de trabajar y convivir mudan, las tecnologías se aceleran a una velocidad vertiginosa y cada día hay nuevos hallazgos de la investigación que nos llevan al uso de metodologías, técnicas, estrategias e instrumentos novedosos y más eficaces para nuestro trabajo en las aulas.

Para ti que lees este texto y apenas escogerás una carrera, ¿alguna vez has pensado en ser docente? O para ti que ya eres profesor iniciado, ¿te has preguntado cómo sortear esos problemas que se presentan o si siempre será así? Y para ti profesor experto, ¿ya te sientes cansado o feliz de llegar a tu clase día a día? Con esta

¹ Profesora investigadora de la Universidad de Quintana Roo.

narrativa, me propongo compartir con todos ustedes mi camino recorrido como docente para reflexionar sobre esta difícil, pero satisfactoria carrera. Para ello, parto de experiencias significativas que, con su carga emocional inherente, me llevaron a cambios en mí pensar y actuar, y, consecuentemente, me forjaron como la persona y docente que ahora soy.

Espero que, a través de mi voz contándote mis aventuras, mi formación, mis encuentros y desencuentros, mis tropezones y caídas, mis esfuerzos y victorias, puedas comprender que ser docente es hacerse alguien día a día; que no es fácil como muchos equivocadamente piensan; que requiere de mucha constancia, perseverancia, interés por aprender, motivación para continuar y, sobre todo, amor por el otro. Ya cuando termines de leer estas páginas, sacarás tus propias conclusiones.

Una mañana, hace casi 30 años, desperté y al correr la cortina de la ventana, me sorprendió la impresionante vista: un verano espectacular con un sol radiante y unos jardines hermosos, con jóvenes estudiantes caminando a sus clases o haciendo ejercicios otros. Era mi último año de la carrera en Lengua Inglesa y tuve la oportunidad de estudiar becada en Estados Unidos. Nunca había salido de Veracruz, mi estado natal, y fue mi primera experiencia internacional como estudiante y también como docente. Fue en una universidad privada en Indiana donde empecé mis pininos en un aula. Y todo fue por azares del destino.

Una profesora de español, que también era la directora del Centro de Asuntos Internacionales, me pidió sustituirla, en algunas ocasiones, en sus clases de español. La verdad, me sentí halagada por esta invitación y así fue como empecé mi andar por la docencia. Ella me dejaba todo listo (planeación didáctica y materiales) y yo leía y repasaba bien todo lo que tenía que hacer. Disfruté mucho dar estas mis primeras clases porque todo me salía muy bien: yo me sentía, como hablante nativa, toda una autoridad en la clase y aunque los estudiantes eran casi de mi edad, mostraban mucho respeto, interés y compromiso en la clase. Así son los estudiantes norteamericanos; la educación allá es muy cara y tienen que aprovechar las clases al máximo.

Este primer acercamiento al mundo de la docencia me ayudó a confirmar mi selección del área de docencia en la Facultad de Idiomas de la Universidad Veracruzana, pues ya tenía algunas bases sobre educación y docencia. Yo me sentía confiada y segura de que, con mis conocimientos de la licenciatura, estaba ya lista para ser profesora. Tengo que aclarar que yo disfrutaba mucho ser estudiante. Y aún ahora lo disfruto. Era muy responsable, perseverante, constante, con mucho interés y curiosidad; era muy inquisitiva en mis clases y también una aprendiz independiente y autónoma. Estas son algunas características que me han ayudado en mi carrera en el magisterio.

A mi regreso a México, en los primeros años, dividí mi trabajo como asistente administrativa en la Escuela para Estudiantes Extranjeros de mi *alma mater*, y como docente de inglés y de español como lengua extranjera. Desde mis inicios, di clases en el nivel universitario, tanto en el sector público como privado. A esta etapa la llamo “tiempos de sembrar” porque fue un tiempo de arduo trabajo (incluso de fines de semana); de concursar para conseguir asignaturas -y a veces sin lograrlo-; de correr de una universidad a otra; de una reunión a otra; de preparar clases; de recibir sueldos raquíticos y sin prestaciones. Y, por si fuera esto poco, decidí estudiar una maestría en la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera. Esto último no fue un capricho; fue una decisión que surgió de las condiciones contextuales y de mi necesidad de formarme en esta área, en particular. La Escuela para Estudiantes Extranjeras en coordinación con la Universidad de Alcalá de Henares (España) ofrecieron esta maestría para formar al profesorado de la misma Escuela y representó para mí una oportunidad de estudiar un posgrado y profesionalizarme.

Además de estas circunstancias favorables, en realidad, yo necesitaba esta maestría porque reconocía algunas carencias de conocimientos o estrategias para impartir mis clases de manera más efectiva. Cuando los estudiantes me preguntaban “¿y por qué se usa “para” en vez de “por”?”, “¿por qué usamos el tiempo imperfecto y no el indefinido?”, no sabía la respuesta con claridad y solo les decía “lo investigaré y en la siguiente clase les explicaré”.

Eso me incomodaba, pero prefería ser honesta con los estudiantes y no decirles algo erróneo. Obviamente, los estudiantes no siempre son empáticos o comprensivos con el profesorado. Hay algunos universitarios exigentes, y más los extranjeros. En las evaluaciones estudiantiles recibí unos comentarios que me hicieron llorar un día: “No tiene mucha experiencia”; “No explicó muy bien algunos temas”. Esto fue determinante para emprender el posgrado. Entendí que ser docente significa, en primer lugar, ser una autoridad en los temas que enseñas.

Este primer principio de mi propio “decálogo del buen docente” (que he desarrollado a lo largo de mi carrera) lo aprendí también con un evento inesperado en una universidad privada donde impartiría clases de inglés. Era mi primer día de clases. Llegué puntual y me presenté con los estudiantes (casi de mi edad todos). Uno de ellos se levantó de su lugar y se aproximó a mí con actitud arrogante, extendió su mano y me dio un casete: “Si eres capaz de sacar la letra de esta canción con nosotros, te aceptaremos como maestra; si no, no nos impartirás la clase”. Me quedé estupefacta y pensé ágilmente “si rechazo su reto, nunca me respetarán”. Así que le respondí: “De acuerdo. Pon el casete”. Yo nunca había escuchado esa canción y no niego que sí tuve temor de no poder comprender todo, y en mi mente le pedí ayuda a Dios.

Cuando menos me imaginé, ya estábamos terminando. Comprendí cabalmente la canción y, al final, los muchachos me aplaudieron y el joven arrogante, con una amplia sonrisa, me dijo “Bienvenida, maestra. Somos tus estudiantes”. Fue una prueba dura, no solo por la cuestión del conocimiento de la lengua sino por el ambiente que se creó en el aula: una actitud de superioridad y arrogancia por parte de los estudiantes (jóvenes de familias acomodadas) y esa posición en la que me dejaron a mí: ser evaluada de manera inesperada; ser juzgada por ellos. Hasta cierto punto, fue humillante. No obstante, sentí que debía demostrarles que me había ganado la materia por mis esfuerzos y no por “palancas” o conexiones. Después de ese primer suceso, las clases fluyeron muy bien y tuve una relación respetuosa y armoniosa con el grupo.

En estos primeros años de mi carrera, debo reconocer que, para mi práctica docente, echaba mano de mi aprendizaje vicario en la universidad. Realmente, hay algunos maestros que te comparten mucho más que conocimientos, habilidades y actitudes propias de la disciplina; también te enseñan cómo enseñar, cómo desempeñarte bien como profesor/a. En particular, yo agradezco mucho a mi maestra de español y educación, Nadia Medina Muro, por todo lo que aprendí con ella; era una experta en los temas, muy organizada, comprensiva, empática, exigente, responsable y le interesaba que aprendiéramos de verdad. Yo la admiraba mucho y se convirtió en mi modelo de una buena docente; así que, en esa etapa inicial, trataba de ser como ella. Su excelente ejemplo fue, sin duda, una útil guía para mi quehacer docente. También la maestría en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera y un Diplomado en Educación Intercultural me ayudaron a tener los conocimientos y habilidades necesarias para mi desempeño frente a grupo.

No obstante, aunque a veces tienes la mejor disposición para trabajar en el aula con excelencia, las vicisitudes de la vida obstaculizan tu ejercicio docente. Cuando eres joven, tienes que trabajar mucho (dos o tres trabajos); tienes que desplazarte de una escuela a otra viajando de extremo a extremo en la ciudad; tienes que ayunar obligatoriamente (porque no tienes tiempo de una buena comida); tienes que estudiar para el posgrado, y nunca hay tiempo para el ocio o hacer vida social. Quitas tiempo a tus horas de sueño para planificar y preparar tus clases, para evaluar y calificar. Te enfermas por tanto estrés y tu rendimiento ya no es el mismo (yo sufrí de parálisis facial por estas circunstancias). Las condiciones laborales no son buenas porque no tienes una plaza; no tienes prestaciones y los salarios son cada vez más bajos.

La realidad es que la docencia no es bien remunerada pecuniariamente, ni se cuenta con todas las prestaciones que la ley establece cuando no se tiene un trabajo permanente (base o plaza). Si bien la educación tiene el potencial de transformar el futuro de la humanidad y de nuestro planeta, por lo menos en México, no se le concibe así o, aun pensándola así, no se valora; por tanto,

no se apreciaba la labor docente. Esto debe cambiar y nosotros los docentes debemos ser esos agentes de cambio.

La siguiente etapa, “cuidados de los cultivos”, está integrada por dos momentos: 4 años de trabajo con plaza y 5 años de estudios de doctorado y trabajo docente en Estados Unidos. Esta casi década estuvo marcada por momentos de mucha felicidad, de grandes satisfacciones y también algunos sinsabores que acompañaron mis labores como docente.

Después de cinco años con un cargo administrativo, con clases en tres instituciones, de haber cursado una maestría, y de haber sufrido parálisis facial y otras enfermedades por causa del estrés, se me presentó la oportunidad de una plaza de tiempo completo en la Universidad de Quintana Roo, la cual gané. En poco tiempo, ya estaba en Chetumal, una ciudad totalmente desconocida para mí. Me mudé con muchas ilusiones y deseos de volverme una mejor profesionista. Obviamente, a veces los cambios no están exentos de problemas o circunstancias inesperadas: tormentas, huracanes, dengue, gente no muy amable (egoísta y envidiosa), y soledad. No obstante, me sentía feliz de estar más relajada, de poder dedicarme a un solo trabajo (un solo patrón) y tener tiempo de preparar mis clases, de preparar materiales y de evaluar a tiempo. También seguí actualizándome, pues tomé un diplomado en Formación Docente y cursos de docencia. Además, fue una temporada de descubrimientos y crecimiento personal.

Como profesora de tiempo completo también debo realizar otras tres funciones sustantivas: investigación, gestión y extensión y vinculación; y debemos formar recursos humanos por medio de la dirección de tesis y seguimiento de trayectorias académicas. Para mí, casi todo era novedoso y muy interesante. Me di a la tarea de emprender proyectos y trabajaba con entusiasmo. Era puntual en mis clases y trataba de emular a mis profesores usando técnicas y estrategias que me habían gustado o que me parecían efectivas. También intercambiaba materiales con algunas colegas y trataba de usar la tecnología disponible: hojas de acetato con proyector y audios. También invitaba a algunos expertos en algún tema y

sentía que los estudiantes disfrutaban mis clases, pues terminado el ciclo escolar, aún tiempo después me saludaban con afecto y me preguntaban “¿cuándo nos vuelve a dar clases?”. Fueron años de satisfacción como docente en los que sentí que era una mejor maestra.

Como eran tiempos de cambios también en la SEP por implementación de nuevas políticas educativas, empezamos a integrarnos en cuerpos académicos para hacer investigación; y también empezó a fomentarse la obtención del perfil idóneo (el doctorado) en todo el profesorado en México, con el propósito de elevar los indicadores de la calidad educativa. Así que me sentí motivada a estudiar un doctorado.

Por conflictos y malentendidos en la universidad, no se me asignó a mí la beca PRODEP (beca por parte de la SEP para estudios de posgrado). Sin embargo, dos de las tres universidades norteamericanas donde solicité ingreso me aceptaron con beca completa. Renuncié a mi plaza en la universidad y escogí Ohio State University (OSU) para mis estudios de posgrado, donde me había planteado el reto de estudiar Lingüística Hispánica. Siendo profesora de inglés y de español como lengua extranjera, descubrí el fascinante mundo de la lingüística y tenía curiosidad e interés por esta disciplina. Esta era mi gran oportunidad de especializarme para dar clases del área de lingüística y de investigar al respecto. Esta estancia en OSU fue un parteaguas importante en mi vida académica.

Agosto de 2004. Viajaba nuevamente a la Unión Americana para estudiar, ahora, un posgrado. Esta vez ya no iba temerosa; era una mujer segura, confiada y con grandes expectativas y optimismo. Como siempre, Dios me puso en el camino a muchos ángeles que me ayudaron durante toda esta estancia: mi asesor y otros profesores, y mis entrañables ahora amigos Asela, Carolina y Manuel. También, por supuesto, hubo otras amigas con las que nos reuníamos y pasamos bellos momentos: Magdalena, Marissa, Daniela y Juliana. Fueron años de mucho trabajo también y de crecimiento intelectual, de madurez emocional y de muchos y ricos aprendizajes académicos y personales.

En OSU estudié una maestría y un doctorado en Lingüística Hispánica. Antes de iniciar el ciclo escolar, a todos los nuevos estudiantes de posgrado nos capacitaron por dos semanas para dar clases en esta universidad. El curso incluyó todo tipo de temas: desde metodología para la enseñanza de lenguas, planeación didáctica, preparación de clases, manejo de grupos, evaluación, hasta ética y conducta en el aula. Fue un modelo de curso de capacitación que me sorprendió por su excelente organización, la *expertise* de los instructores, los efectivos recursos materiales y tecnológicos, y también la calidez y humanismo demostrados. Además, ¡nos pagaron un 50% de la beca! Fue un curso intensivo: de 8 am a 4 pm por dos semanas. También tuvimos microenseñanza y charlas sobre cuestiones administrativas. Fue un curso que nos preparó totalmente para dar excelentes clases de acuerdo con su enfoque de enseñanza elegido. No podíamos cuestionar u objetar algo porque el plan de cada clase ya había sido diseñado por un grupo de expertos; contábamos con los libros y materiales que se usarían, así que nosotros solo teníamos que implementar lo planeado en el aula.

Con mi previa experiencia como profesora de español como lengua extranjera, yo me sentía “como pez en el agua” en los cursos. No me costaba ser puntual porque siempre lo había sido y tenía experiencia diseñando materiales o llevando a la práctica lo sugerido en los libros. Con mis amigos intercambiábamos materiales didácticos o ideas y eso facilitaba impartir las clases; además, compartíamos un banco de materiales con todos los demás compañeros y era una maravilla descargar presentaciones PPT bien diseñadas y completas, materiales de práctica novedosos y efectivos.

El trabajo colaborativo fue, sin duda, lo que nos ayudó a ser mejores profesores. Desafortunadamente, en México nuestra cultura no incentiva el trabajo colaborativo en las escuelas; contrario a ello, cada uno trabaja de manera aislada, en general, y esto no resulta tan eficaz ni efectivo. En OSU, colaboramos y compartimos materiales, ideas, instrumentos de evaluación y planificaciones, lo cual ayudaba a lograr mejores clases.

Adicionalmente, aprendí a ser organizada, a administrar mi tiempo (tenía que estudiar para mis clases y también era tutora de español), a planificar todo, a ser disciplinada, a estar sana física y emocionalmente, y a disfrutar también mi tiempo de ocio. De igual manera, aprendí a respetar el tiempo de los demás (siendo yo puntual y organizada), a compartir, a ser generosa con mis conocimientos, a ser humilde, a aceptar mis errores y mis deficiencias.

También aprendí algo muy importante: a pensar, a leer y a escribir. Sí, aunque suena ridículo, reconozco que tenía problemas de comprensión lectora y de escritura académica. Mis habilidades de pensamiento complejo no estaban del todo desarrolladas y todo esto me llevó a redoblar esfuerzos y aprender de manera autodidacta a ser crítica y creativa. Este proceso dialógico entre criticidad y creatividad propició que resolviera problemas con flexibilidad y adaptabilidad, y aplicando estrategias cognitivas y metacognitivas. Por ello, ha sido este lustro una de las etapas más enriquecedoras intelectualmente en mi vida.

Las exigencias en un posgrado en Estados Unidos son muchas: debes mantener un promedio alto para mantener la beca y, además, debes ser una excelente docente en el curso que se te asigna. Lo primero se evidenciaba con la boleta cada ciclo; lo segundo, con evaluaciones de estudiantes y del supervisor, quien de manera no anunciada se presentaba en tu clase y la observaba de una a tres veces por ciclo, y después de la observación te citaba para discutir contigo los aciertos y desaciertos de tu desempeño en clase. Con dos evaluaciones negativas por parte de la supervisión, perdías la beca. Este temor por quedarse sin la beca presiona a cualquiera para ser siempre mejor estudiante y docente.

Con orgullo, ahora puedo compartirles que tanto estudiantes como supervisores siempre me felicitaron en estas evaluaciones y, como reconocimiento de mi desempeño, me dieron un trabajo con beca adicional para elaborar los exámenes del Departamento de Español. Igualmente, tuve la fortuna de trabajar dos años como asistente de investigador con uno de mis profesores; de esta manera, también desarrollé mis habilidades investigativas.

De todos estos aprendizajes se derivan varios principios de mi propio decálogo de un buen profesor que fui construyendo en mi andar como docente: la colaboración con colegas ayuda a lograr mejores y más efectivas clases; el aprendizaje es arduo y permanente (nunca dejamos de aprender) y necesitamos actualizarnos; la evaluación (retroalimentación) de mi enseñanza, ya sea por estudiantes u otros agentes educativos, representa oportunidades para mejorar o seguir haciendo las cosas bien; las actitudes y valores como el respeto, la puntualidad, el compromiso, la empatía, la responsabilidad, la dedicación, la honestidad, el entusiasmo y pasión por la enseñanza y el aprendizaje deben ser nuestra guía cada día en el aula.

Volaba a México en 2008 para solicitar mi reingreso a la Universidad de Quintana Roo. Pensaba en mi futuro y en los nuevos retos académicos que enfrentaría, en las diferencias culturales y en los cambios en mi vida personal, en lo que había aprendido, en las horas de desvelo diarias en OSU (a veces solo dormía unas 3 o 4 horas), en la biblioteca (mi lugar favorito), en los momentos agradables y no tan agradables (enfermedades a causa del estrés y la presión). También repensé en la posibilidad de quedarme en Estados Unidos, pero decidí que era mejor estar en mi país con mi familia.

Aún tenía pendiente la tesis doctoral y mi reincorporación a la universidad fue inmediata. No tuve ninguna descarga ni consideración por estar escribiendo la tesis y tenía que desempeñar todas las funciones requeridas. Fueron casi dos años que me recordaron mis inicios: llenos de tareas institucionales, mi tesis y mi vida personal. Me “novatearon” con horarios extremos (clases a las 7 am y a las 8 pm.), gestión de sobra, investigación conjunta con colegas del Cuerpo Académico, actividades de tutorías, asesorías, extensión, etc. Mi docencia se veía afectada porque no podía preparar con excelencia mis clases; o porque entregaba las evaluaciones (tareas calificadas) con demora. Aun así, hacía esfuerzos para cumplir con mi decálogo del buen docente en proceso. No está de más decir que todo esto afectaba mi salud: parecía un fantasma con ojeras bastante pronunciadas, muy delgada, estresada y, a veces, un poco neurótica.

Con todo lo anterior, llegar al aula y fingir que todo estaba bien me resultaba difícil; sin embargo, antes de llegar al salón siempre pensaba: “deja todo allá afuera y da tu mejor versión adentro”. Con una sonrisa saludaba a mis estudiantes y les daba la bienvenida. Me apasionaba enseñar ahora cursos del área de lingüística y disfrutaba verdaderamente mis clases. Ver las caras de sorpresa de mis estudiantes por aprender algo nuevo; verlos desarrollar habilidades nuevas y adquirir nuevos conocimientos y actitudes me llenaba de emoción y me motivaba a esforzarme a ser mejor profesora. Las evaluaciones de mis estudiantes eran siempre alentadoras: “Excelente profesora”, “Conoce todos los temas”, “Nos motiva a aprender verdaderamente”, “Nos contagia con su entusiasmo”. Esta era la mejor recompensa y me sentía satisfecha con mis clases.

En medio de estos éxitos como docente, hubo un suceso que me hizo reflexionar sobre mi relación con los estudiantes y el personal administrativo en México. Hubo una estudiante que reprobó una de mis clases; las causas fueron ausentismo y deficiencias en su desempeño, en general. En la evaluación, al final del curso, puso un comentario inesperado que me sorprendió: “No parece profesora; no se viste bien”. Acostumbrada a la informalidad del norteamericano (incluso de profesores) en la universidad, yo vestía también informal en la universidad mexicana: jeans, blusas o playeras, sandalias o tenis; no me maquillaba ni me peinaba de manera sofisticada. Esto pareció ir en contra de los cánones del “buen vestir del profesorado” en las creencias de esta chica (y quizás de otros estudiantes que no se atrevieron a decirlo) y de algunos administrativos en la institución.

A partir de haber leído este comentario, empecé a poner atención en cómo la gente me veía y se relacionaba conmigo por mi forma de vestir. Me di cuenta de que el personal administrativo me tuteaba y me trataba sin mucho respeto cuando ignoraban que yo era profesora. “¿Qué quieres, nena?”, me preguntaban cuando llegaba a una oficina. En cuanto me presentaba, cambiaban hasta el tono de voz y me trataban con más cortesía y respeto: “Dígame, doctora, ¿en qué le puedo servir?”. Estas muestras

de discriminación me molestaron mucho y, con la intención de demostrar que yo y todos valemos no por la ropa o la apariencia sino por nuestros conocimientos, habilidades, valores y actitudes, continué con el mismo estilo de vestir. Algunos años más tarde, cambié mis atuendos a una versión más formal.

Y aquí quiero hacer un paréntesis porque, como docentes, la sociedad demanda de nosotros “seres ideales”. Con un fuerte clasismo y racismo anclados en la cultura mexicana, la percepción del maestro es influida por estos y otros aspectos: color de piel, altura, complexión, origen étnico, forma de vestir, comunicación verbal y no verbal. Incluso, pueden perdonar que no tengas los conocimientos necesarios, pero son implacables, a veces, con estas otras cuestiones superficiales que no mantienen relación con el quehacer docente. No obstante, debemos reflexionar que estas percepciones y actitudes pueden ser dinamizadas a positivas si nosotros, como educadores, las trabajamos en el aula. Obviamente, la familia y la sociedad en conjunto tienen un papel fundamental para estos cambios, pero recordemos que nosotros los educadores somos agentes de cambio. Y esta función es un principio más de mi decálogo del buen docente.

Continuando con mi relato, tomé algunos créditos faltantes en OSU en verano de 2008, y en otoño de 2009 defendí mi tesis doctoral. En mi institución, en México, me dieron una licencia sin goce de sueldo para poder realizar estas actividades. Como suele ocurrir en nuestra cultura, la discrecionalidad en las licencias con goce de sueldo es “pan de todos los días”; si no eres amiga del/a director/a en turno, no obtienes algunos beneficios. No me importó, pues aun con estrecheces económicas concluí con éxito mi doctorado, y todo gracias a Dios.

2010 pintaba nuevos horizontes en mi vida académica y, a partir de este año, considero esta nueva etapa “La cosecha”, la cual no significó descansar; para nada. Había mucho trabajo, pues ahora las expectativas eran mayores: ingresar al Sistema Nacional de Investigadores (SNI del CONACYT), crear posgrados, coordinar proyectos de investigación, publicar, organizar eventos académicos

nacionales e internacionales, entre otras cosas de gestión, docencia y actualización docente. Así ha sido mi vida durante estos últimos 14 años. Como profesores-investigadores, tenemos todas estas responsabilidades.

La universidad, preocupada por la docencia, ha diseñado varias medidas para elevar su calidad: cada año ofrece al profesorado cursos de actualización en diferentes áreas (currículo, TIC, evaluación, valores, entre otros). También se cuenta con evaluaciones por parte del estudiantado cada ciclo escolar; con supervisión y autorización de las planeaciones didácticas de cada curso; con asesorías y apoyo al profesorado que no obtiene buenas evaluaciones. Además, contamos con internet y proyector en todos los salones. Todo esto ha contribuido a hacer nuestro quehacer docente mejor, más efectivo y con perspectiva humanística.

La llamo “Cosecha” a esta etapa porque ahora ya podía ver frutos producto de todos mis años anteriores: reconocimientos, incentivos, cargos administrativos, promociones. Obviamente, todo esto acompañado de una buena dosis de trabajo en la institución y en casa. Con respecto a la docencia, mis frutos son diversos: he seguido aprendiendo de mis estudiantes porque cada grupo es diferente y he aprendido a amar ser profesora. Me siento feliz cuando compruebo que están aprendiendo verdaderamente y lo festejo con ellos. Me gustan esos grupos que se contagian de mi entusiasmo y pasión no solo por los conocimientos y habilidades propias del curso en cuestión, sino por la vida, por aprender, por ser mejores personas.

Comparto en clase también valores y me gusta fomentar en ellos el pensamiento complejo. Me encanta escucharlos en los debates o en sus presentaciones cuando ponen en práctica todo lo aprendido en clase y me llenan de orgullo. He llegado a descubrir que el primer principio de mi decálogo es amar ser profesora, amar esta profesión y desempeñarla con entusiasmo, entrega y pasión.

Cada agradecimiento al final del semestre o ciclo escolar, cada sonrisa y cara de orgullo y satisfacción de mis estudiantes me

motiva a ser mejor cada día como docente y como ser humano. Es importante saber que, a veces, con algunos grupos o con algunos estudiantes, no te van a funcionar algunas estrategias o no les vas a caer bien a todos. Cada grupo tiene sus propias peculiaridades y también nosotros los maestros somos humanos y no robots que trabajan en automático; también tenemos altibajos, problemas, nos cansamos y tenemos sentimientos y emociones como cualquier otra persona. Sin embargo, no debemos dejar que las cuestiones negativas de la vida nos transformen en seres amargados y frustrados y nos desquitemos con nuestros estudiantes. También los profesores debemos gozar de una buena salud física y mental; si no es así, ¿qué les vamos a compartir a los jóvenes?

En estos últimos años, y a partir de la pandemia COVID-19 reciente, la educación en línea o a distancia nos ha alcanzado y nuestra forma tradicional de enseñar se ha modificado. Por ello, he tomado un diplomado en “Mediación docente en ambientes virtuales de aprendizaje” y cursos de TIC en el aula. Un buen maestro nunca deja de actualizarse ni de aprender (este es otro principio de mi decálogo). Si bien para los migrantes digitales como yo el uso de la tecnología no es nuestro fuerte, hago mi mejor esfuerzo y estoy intentando ser una buena facilitadora en mis cursos. Disfrutar los retos que impone la docencia y buscar superarlos es otro motor de motivación en esta carrera como docente.

A lo largo de todos estos años, he aprendido también que debo centrarme en el aprendizaje y que mi enseñanza se valora en los aprendizajes de mis estudiantes, en los logros con ellos (otro principio de mi decálogo). Como buenos planificadores, debemos aprender a desarrollar las diferentes fases de diagnosticar, planificar, implementar y evaluar los aprendizajes, pero también conocer bien a nuestros estudiantes (sus conocimientos, habilidades y actitudes) es indispensable para tener clases exitosas.

Ya con casi 30 años de compartir con tantos jóvenes en las aulas universitarias, puedo cerrar esta reflexión resumiendo los principios de mi decálogo del buen docente, el cual he construido durante toda mi carrera y, por supuesto, puede ser modificable:

Amar ser profesor/a, amar esta profesión y desempeñarla con entusiasmo, entrega y pasión.

- a. Ser autoridad en la disciplina que se comparte. (Conocer bien los temas).
- b. Ser excelente planificador, administrador y organizador.
- c. Ser agente de cambio en valores y actitudes.
- d. Centrarse en el aprendizaje de los estudiantes.
- e. Colaborar con colegas ayuda a mejores éxitos en el aula.
- f. Aprender, formarse y actualizarse debe ser permanente y constante.
- g. Recibir la evaluación (retroalimentación) de mi enseñanza por estudiantes u otros agentes educativos como áreas de oportunidad.
- h. Desarrollar actitudes y valores como el respeto, la puntualidad, el compromiso, la empatía, la responsabilidad, la dedicación, la honestidad, el entusiasmo y la pasión por la enseñanza y el aprendizaje en el aula.
- i. Disfrutar los retos que impone la docencia y buscar superarlos.

Cada docente, con sus experiencias, va creando su propio decálogo o principios del buen docente que sirven de guía para nuestro trabajo en las aulas. Vale la pena revisarlo y actualizarlo, pues a veces hace falta reinventarnos o, incluso, empezar de nuevo para desempeñarnos mejor. Lo más importante es amar tu trabajo como docente y los frutos que produce: nuevos profesionistas, personas pensantes, reflexivas, críticas y con valores personales, sociales y culturales positivos.

Finalmente, ser una buena docente no ha sido fácil para mí, pues se me han presentado muchos retos de diferente índole, sobre todo, al inicio de mi carrera. Sin embargo, he tratado procurarme motores, de motivos que me impulsen a seguir, a superarme, a fijarme metas y a alcanzarlas. He aprendido a disfrutar mis clases cada día y en ese andar como profesora he descubierto la felicidad.